

## COMO SALVÓ DIOS A DOS NIÑAS

Una tarde llegó a la casa de Nélida y María Sanborn el tío Guillermo con la noticia de que la tía estaba gravemente enferma y que tal vez no viviría hasta el día siguiente. La mamá de Nélida y de María empaquetó rápidamente algunas cosas que necesitaba, y después de haber recordado a su hija mayor que les dejaba en la despensa suficiente pan y leche para aquella tarde y el día siguiente, las exhortó a ser buenas durante su ausencia y se despidió de ellas diciendo: "Adiós, hijas mías, Dios las protegerá hasta que yo vuelva". Nélida deseaba ser una buena niña, como decía su mamá; sin embargo, apenas podía contener las lágrimas cuando vio desaparecer el carro en una curva del camino. Pero notando las lágrimas de la pequeña María, se reprimió y se dispuso a consolar a su hermanita.

-No llores, María, Dios nos va a proteger. Ven, vamos a ver las gallinas y los pollitos, y de noche nos acostaremos en la cama grande de mamá.

Esto bastó para que María se consolase, y tomando la mano de su hermana mayor ambas salieron en dirección al gallinero, donde distribuyeron abundantes granos entre sus queridos animalitos. Después de algunas vueltas por la quinta, al anochecer volvieron a la casa, donde Nélida encendió el fuego y preparó la cena, que constaba de pan y leche. Satisfechas las exigencias del estómago, ambas se arrodillaron y se encomendaron a Dios. Y enseguida subieron a la grande y blanca cama de la mamá, donde se acurrucaron como dos gatitos, y pronto durmieron.

A altas horas de la noche Nélida fue despertada por un ruido extraño, semejante al rumor de muchas aguas. Después de saltar de la cama encendió una vela y salió en dirección a la puerta a fin de descubrir qué era. Más cuál no fue su espanto cuando, entreabriendo la puerta, encontró la quinta transformada en un inmenso lago. "¡Oh! ¡Oh! -exclamó transida de terror-, ¿qué debo hacer?, es un desbordamiento del río". Pensó inmediatamente en María y ambas decidieron subir al altillo, donde probablemente las aguas no llegarían.

Entre tanto, la creciente continuaba avanzando. Nélida tomó unas mantas y algunas almohadas y las llevó al altillo, y volvió después para buscar a María, quien al oír el rugido de las aguas gritaba asustada. Nélida la tranquilizó diciéndole que no tuviera miedo, porque Dios las protegería.

Nélida se dio cuenta de que si aquella situación se prolongaba, necesitarían alimento. Bajó otra vez, y entrando sin temor en el agua que ya había invadido la casa se dirigió a la despensa de donde sacó una vasija con leche que llevó arriba. Tuvo que volver una vez más para buscar pan y una cuchara, y el agua ya le alcanzaba a las rodillas. La pequeña María no tardó en conciliar de nuevo el sueño, pero Nélida no podía dormir. Se puso a observar atentamente el agua, que iba aumentando sin cesar hasta que cubrió la cama de la madre y apagó la luz. Continuó después escuchando el ruido de la creciente dentro y fuera de la casa; llena de angustia, pidió a Dios que las salvase. Y el Señor la consoló recordándole una promesa que ella había oído muchas veces de su madre. "Cuando pasares por las aguas, yo seré contigo; y por los ríos, no te anegarán". Repitiendo la consoladora promesa, Nélida aguardaba el alborear del día que le traería el anhelado salvamento.

Al rayar la aurora, Nélida corrió a mirar a través de la pequeña ventana del altillo y vio que todo estaba transformado en un océano del que sobresalían apenas las copas de los árboles y los techos de las casas. A la tenue luz del amanecer, sin embargo, se divisaba una embarcación a vapor que venía en dirección al lugar para recoger a las personas que se habían refugiado en techos y azoteas. En la cubierta de la embarcación había una mujer, que, moviéndose inquietamente de un lado a otro, a veces lloraba y a veces oraba. Al acercarse a la casa, los marineros arriaron un bote que, manejado por algunos hombres, surcó las aguas, sacudido por el viento y la corriente, hasta la casa en que se encontraban Nélida y María. Al acercarse uno de ellos dijo:

-Aquí ya no hay nadie.

-No -contestó otro-, la casa no tardará en caer, pues ya vacila.

-Pero, escucha, ¿qué es eso?

"Jesús, Señor, mi Redentor,

En ti procuro abrigo;

Aumenta el agua en derredor Jesús,

Sé tú conmigo".

-¿Es Jesús el que los mandó a buscarnos? –preguntó Nérida cuando dos fuertes brazos las tomaron para transportarlas al bote. La fe sencilla de la niña conmovió el corazón del rudo marinero, quien no creía en Dios.

-Sí, hija mía -respondió-, pero después de un momento hubiera sido tarde. ¡Mira! ¡Allí se va la casa, arrastrada por las aguas!

Minutos después fueron recogidas a bordo de la embarcación, donde la madre con gran alegría y acciones de gracias las estrechó entre sus brazos.

Piensen, queridos niños y jóvenes, que Dios cuida de aquellos que confían en él y oye sus oraciones en medio de los mayores peligros. Recuerden este bello versículo que es también una promesa de Dios para todos ustedes: "Invócame en el día de la angustia y yo te libraré" (Salmos 50:15).